

Los adolescentes buscan una filosofía de la vida

Un literato de cierto prestigio pidió a un teólogo eminente que estudiase sus escritos y tuviese a bien decirle "qué pensaba sobre su teología". El filósofo duramente, le respondió que solamente contenían "algunas ideas teológicas, no del todo claras". La juventud y aún gran parte de la edad adulta se emplean en buscar, ordenar y concatenar esos principios religiosos, éticos y sociales para convertirlos luego en una propia filosofía de la vida, aunque no pertenezcan a una determinada religión o doctrina filosófica tradicional. Encontrar una síntesis de los valores en pugna en la actual sociedad es uno de los deseos más imperiosos de los adolescentes de hoy. El esfuerzo empleado en esta búsqueda ofrece especiales dificultades.

El primer enfrentamiento con la realidad tiene lugar en la pubertad, cuando se percibe el evidente contraste, entre las doctrinas religiosas aprendidas en la infancia y su falta de adecuación con la realidad. Aquellas máximas "tienes que ser un buen cristiano", "tienes que ser honrado", "tienes que ir a Misa los domingos", se perciben como palabras huecas, frente a un padre que nunca se mostró buen cristiano, que no es un caballero honrado y que nunca fue a Misa los domingos.

El adolescente no puede aceptar una religión ni una filosofía de la vida que no ofrezca un esquema adecuadamente estructurado y en consonancia con la realidad en que vive. Es lo suficientemente reaccionario como para no comprometerse con lo que no tiene sentido. Cree tener suficiente capacidad como para aceptar o no aceptar una religión tradicional, pero no la suficiente seguridad como para hacer una síntesis entre la ciencia y la fe. Los amplios conocimientos de la biología y las ciencias naturales han puesto en peligro, a su entender, la existencia de lo sobrenatural. La injusticia reinante en el mundo hacen tambalear la fe y la religión tradicionales que no han podido sembrar la honestidad en el mundo, como para que en él llegue a respetarse los derechos individuales y comunitarios

El adolescente se muestra más severo en exigir el cumplimiento del orden moral en los demás hombres, que en la aplicación de dicho orden a su mismo ser. La dificultad nace de su inseguridad intelectual en lo que respecta a una filosofía de la Vida que les dé sentido y también a la vehemencia de las pasiones que se despiertan con especial violencia en esta edad. El bien sensible y deleitable, tiene más atractivo que los valores de orden intelectual y espiritual, por ser éstos más remotos y menos atractivos a la naturaleza humana.

La reacción en contra de la religión católica es más acentuada en la juventud en cuanto se presenta como un código de preceptos morales que hay que cumplir inexorablemente para poder pertenecer a ella. La confesión de los pecados no se considera como un alivio y una terapia psicológica, sino como una arbitrariedad que profana las conciencias. Aun hoy, cualquier católico, no bien instruido, está más dispuesto a acudir a un psicoanalista que a un confesor; sin hacer distinción exacta entre la confesión, ordenada al perdón de pecados cometidos voluntariamente por una persona sana y el psicoanálisis, que trata de solucionar problemas inconscientes, de personas afectadas de neurosis.

Las religiones protestantes, en cambio, se presentan más accesibles, por cuanto solamente acentúan la tónica sobre la fe en Dios, encontrada y fortalecida por la lectura de la Biblia. La moralidad personal no es un impedimento para la comunicación espiritual. La fe en Cristo basta para salvar al hombre.

Muchos adolescentes, por lo general no bien imbuidos de principios religiosos, lo que buscan es una serie de principios religiosos, pocos en números y sencillos como para convertirse en normas de vida, sin ahondar por el momento, en fundamentaciones filosóficas o religiosas que los sustenten. La madurez intelectual irá fortaleciendo esos principios hasta llegar a constituir una verdadera filosofía de la vida.

Gerhard Zimmer.